

Allí gané honor: y perdí la mano izquierda.

Yo.—Ya sé, discretísimo Cervantes, aunque tú no lo pregonas, que a pesar de hallarte enfermo con calenturas manifestaste textualmente: «Que más querías morir peleando por Dios y por el Rey, que la salud». Y, ni corto ni perezoso pediste a tu capitán «que te pusiese en la parte y lugar más peligroso; y que allí estarías y morirías, peleando». ¡Oh, caballero ejemplar, que prodigaste ánimos y miembros *pro aris et focis*, y sólo reservaste el honor! ¡Oh, varón de dolores; cuántos padecerías, cautivo, lejos de tu Patria y Señor!

El.—Durante mi lustroso cautiverio (1575-1580) en la escuela del dolor me hice más hombre, comprendí mejor la vida, y pude en la fecunda soledad reunir alientos y materiales para mis producciones literarias.

Yo.—¿Por qué tan largo cautiverio en Argel?

El.—Porque cuando me apresaron los piratas abordo de la galera «Sol», encontraron en mis bolsillos una carta de puño y letra de don Juan de Austria, en la que me recomendaba a su hermano Felipe II; recomendación que perjudicó en alta medida mi rescate por sobrestimar aquellos rapaces corsarios la calidad de mi modesta persona. Y, además, porque varias tentativas de evasión fracasadas habían avivado la infernal vigilancia de mis cancerberos y excitado su codicia.

Yo.—¡Oh, Cervantes, príncipe de los ingenios libres, por la excepcional jugosidad de tu imaginación! ¡Qué pena me dá verte mudar cadenas extrañas por cadenas propias!

El.—¡No, hijo mio, no! Mis prisiones en España no se deben a ingratitud, ni a envidia, si no al previsor derecho administrativo de la época; pues todos los funcionarios públicos, mientras no rindiesen cuentas, estaban sujetos a prisión, ¿No te recuerdas de que mi Soberano me ayudó y protegió en todo tiempo; y de que gran parte de mis desgracias dimanen precisamente de la protección real?... Las cartas hablan, buen amigo Manuel...

Yo.—Querido Miguel, queda mucha tela en el telar...

El.—Por lo mismo nada te diré de mis éxitos teatrales, ni de mis «Novelas Ejemplares»; me limitaré a recordarte que en 1605 se hizo en Madrid la impresión de la «PRIMERA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA», tomo que mereció la mayor y más rápida difusión de su tiempo.

Yo.—¡Sólo dos palabras sobre «EL QUIJOTE DE AVELLANEDA»!

El.—(En secreto y porque tú lo guardarás, lo haré: La república de las letras está inte-

grada por talentos en demasía susceptibles y puntillosos)... Fuera de éso, ¿qué nos importa que su autor llámese Lope de Vega, Quevedo, Góngora, u otro por el estilo? Cualquiera de estos nombres goza de bastante prestigio para apadrinar al «QUIJOTE APOCRIFO», joya valiosísima de la literatura española.

Yo.—¿A qué se debió la feliz salida de la «SEGUNDA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA»?

El.—Para recoger el retolanzado por Avellaneda hizo su triunfal aparición «LA SEGUNDA PARTE», a fines del año 1615.

Yo.—¿Qué finalidad te propusiste al escribir tu obra maestra?

El.—Los artistas, carísimo, creamos al igual que los demás seres vivientes. Producimos cuando en nosotros hay demasiada vitalidad; vitalidad que pide propagación. Y así como solo pueden multiplicarse los animales sanos y pletóricos, del mismo modo sólo conciben obras imperecederas los ingenios sensibles de honda conmoción interior, gran tendencia a lo ideal y fuerte amor a la virtud.

Dicho lo cual, el espectro desapareció...

* *

Algunos de los conceptos por mí recogidos pudieran figurar en un «IDEARIO CERVANTINO», todavía inédito.

Por juzgarlo así reconozco humildemente: Todo lo bueno que haya en la sugerencia de tan útil como posible ideario debe atribuirse a la inspiración directa del Príncipe de nuestros Ingenios; y todo lo malo, al iluso y somnoliento autor de estos renglones.

Sería para mí objeto de la mayor confusión que plumas suspicaces se abatiesen y espolvoreasen sobre mi candidez, maliciando que pretendo corregirle la plana a Clemencín, «Polignoto», Rodríguez Marín, Bonilla, Unamuno, Navarro Ledesma, ni tantos otros cervantistas ilustres. ¡Y menos, muchísimo menos, aspiro a provocar destemplanzas en el sagrado recinto de las Artes; ameno pensil, donde—voz de fluida armonía, acento de mágico atractivo y ritmo de movimiento divinizante—canta la Poesía, rien las Gracias y danzan las Musas!

Por lo demás, y en atención a la pesadez de mi artículo, el cual ya se precipita amenazador, como la plomada, seguramente—me lo temo—ni la casualidad, caprichosa diosa, ha de recurrir a sus imponderables influjos para ponerme en presencia flagrante con algún lector. ¡Si las cosas llegasen a tan hipotético punto—empleo las palabras en su sentido más generoso—, hasta el moro Cide Hamate, autoridad invocada por el mismo Cervantes, no se desdeñaría ante las gentes suspicaces en protestar de la veracidad objetiva de mi jovial memoria.